

MALÍ DESPUÉS DEL 25 DE ABRIL DE 2026

Seguridad, economía y gobernanza en la nueva crisis del Sahel

Por el Dr. Rodolfo A. García

Introducción

Los acontecimientos registrados en Malí a partir de los ataques coordinados del 25 de abril de 2026 constituyen uno de los episodios más relevantes de la evolución reciente de la crisis saheliana. Si bien la atención inicial se concentró en sus implicancias militares, el análisis de los hechos ocurridos durante las semanas posteriores permite identificar consecuencias más amplias que afectan simultáneamente la seguridad, la economía y la gobernanza.

La coordinación observada entre diversos actores armados, la persistencia de elevados niveles de violencia y los efectos crecientes sobre las cadenas de abastecimiento muestran que el conflicto ha ingresado en una nueva etapa. En este contexto, el presente trabajo sostiene que la principal consecuencia estratégica de los acontecimientos de abril de 2026 no radica únicamente en su impacto militar, sino en la capacidad demostrada por los grupos insurgentes para afectar progresivamente el funcionamiento económico del Estado y erosionar la confianza de la población en las instituciones públicas.

Los ataques del 25 de abril y la adaptación de la insurgencia

Los ataques coordinados registrados el 25 de abril de 2026 constituyeron un acontecimiento significativo dentro de la evolución reciente del conflicto maliense. Según Nasr (2026), la cooperación observada entre el Grupo de Apoyo al islam y los musulmanes (JNIM/GSIM) y el Frente de Liberación del Azawad (FLA) representó una de las principales novedades estratégicas del período, ya que se evidenciaron niveles de coordinación poco frecuentes entre actores con trayectorias y objetivos históricamente diferenciados.

Desde una perspectiva operacional, estos acontecimientos demostraron que las organizaciones insurgentes continúan manteniendo una elevada capacidad de adaptación. A pesar de las operaciones desarrolladas por las Fuerzas Armadas Malienses (FAMa), los grupos armados conservan la posibilidad de planificar acciones complejas, proyectar operaciones simultáneas y generar efectos que trascienden el plano estrictamente militar.

Tal como sostiene Kilcullen (2010), los movimientos insurgentes contemporáneos se caracterizan por su flexibilidad organizacional y por la capacidad de modificar sus métodos de acción frente a los cambios producidos en el entorno operacional. Los acontecimientos de abril parecen confirmar esta tendencia.

La economía de la inseguridad

La principal enseñanza estratégica derivada de los acontecimientos recientes no se encuentra únicamente en el ámbito militar, sino que los hechos observados durante mayo y junio de 2026 sugieren que la insurgencia ha comenzado a afectar progresivamente el funcionamiento económico del Estado mediante acciones dirigidas contra corredores logísticos, rutas de abastecimiento y cadenas de distribución.

Como señalan Buzan, Wæver y de Wilde (1998, p. 24), las amenazas contemporáneas deben analizarse desde una perspectiva multidimensional donde los factores económicos, sociales y políticos adquieren una relevancia comparable a las dimensiones estrictamente militares.

En este contexto, la información publicada por el diario maliense *L'Indépendant* resulta particularmente significativa. Las dificultades registradas hasta en el propio e indispensable abastecimiento de medicamentos en distintas regiones del país, así como los problemas vinculados al suministro de combustible, constituyen indicadores concretos de cómo la inseguridad comienza a repercutir directamente sobre la vida cotidiana de la población (*L'Indépendant*, 2026).

La importancia de estos hechos radica en que revelan una afectación progresiva de las funciones esenciales del Estado. La interrupción parcial de los circuitos de distribución no solamente impacta sobre la actividad económica, sino que también limita el acceso a servicios básicos, incrementa los costos de transporte y reduce la capacidad de respuesta de organismos públicos y privados.

La situación adquiere una relevancia adicional debido a que Malí es un Estado sin litoral cuya economía depende de corredores terrestres que conectan el país con los puertos de Costa de Marfil, Senegal, Benín, Togo y Ghana. En consecuencia, cualquier alteración significativa de estos ejes logísticos genera efectos que se proyectan rápidamente sobre el conjunto de la economía nacional.

Desde una perspectiva estratégica, la situación observada puede interpretarse como una forma de desgaste indirecto. Los grupos armados no necesitan controlar permanentemente una ciudad para generar efectos significativos sobre la gobernabilidad. Basta con mantener niveles elevados de inseguridad sobre los principales ejes de comunicación para incrementar los costos logísticos, restringir el comercio y dificultar el acceso a bienes esenciales.

En términos sociológicos, este fenómeno contribuye a debilitar la legitimidad estatal. Weber (2002) señala que la autoridad política depende en gran medida de la capacidad efectiva del Estado para ejercer sus funciones y garantizar servicios a la población. Cuando estas capacidades comienzan a deteriorarse, se incrementa el riesgo de aparición de mecanismos alternativos de regulación y supervivencia.



Figura 1. Portada del diario *L'Indépendant* del 4 de junio de 2026 que evidencia los efectos de la inseguridad sobre el abastecimiento de medicamentos en distintas regiones de Malí. Fuente: *L'Indépendant* (2026).

Más allá de Malí: una problemática regional

Los acontecimientos recientes también confirman que la crisis maliense forma parte de una dinámica regional más amplia. Los datos difundidos por ACLED (2026) muestran que el espacio conformado por Malí, Burkina Faso y Níger continúa registrando algunos de los niveles más elevados de violencia insurgente del continente africano.

Esta realidad confirma que la inseguridad ya no puede interpretarse exclusivamente como un problema nacional. Las dinámicas transfronterizas de reclutamiento, movilidad, financiamiento y cooperación entre organizaciones armadas generan un sistema regional de inseguridad donde los acontecimientos ocurridos en un país repercuten rápidamente sobre los demás.

Paralelamente, diversos estudios advierten sobre la expansión gradual de la amenaza hacia los Estados costeros del Golfo de Guinea. De los Santos (2025) sostiene que esta tendencia podría afectar corredores económicos estratégicos para África Occidental, ampliando las consecuencias observadas actualmente en el Sahel central.

Gobernanza, legitimidad y estabilidad

La dimensión política constituye otro elemento fundamental para comprender la situación actual.

Los golpes de Estado registrados en Malí, Burkina Faso y Níger durante los últimos años reflejan dificultades persistentes vinculadas con la legitimidad institucional y la capacidad de los gobiernos para responder a los desafíos de seguridad. Delaunoy (2023) sostiene que la crisis nigerina evidenció el creciente desencanto de amplios sectores sociales respecto de las élites políticas tradicionales y de los resultados obtenidos en materia de seguridad y desarrollo.

Desde esta perspectiva, los acontecimientos de abril de 2026 pueden interpretarse como parte de una crisis regional más amplia donde convergen inseguridad, fragilidad institucional y dificultades económicas estructurales.

La estrategia de desgaste del JNIM

Los resultados obtenidos por los nuevos esquemas de cooperación en seguridad continúan siendo objeto de debate. La persistencia de ataques coordinados, la pérdida de posiciones estratégicas en el norte y las dificultades para garantizar plenamente la seguridad de los corredores económicos han generado interrogantes sobre la capacidad de los actuales mecanismos de cooperación militar —incluidos aquellos apoyados por *Africa Corps*— para asegurar un control territorial sostenible. La pérdida de influencia gubernamental en áreas estratégicas como Kidal y Tessalit, sumada a la continuidad de las acciones insurgentes sobre los principales ejes logísticos del país, sugiere que las expectativas iniciales depositadas en los apoyos militares externos no han producido, al menos hasta el momento, los efectos estabilizadores esperados. Esta realidad ha contribuido a reforzar la narrativa insurgente según la cual el gobierno no estaría en condiciones de garantizar seguridad, abastecimiento y gobernabilidad en todo el territorio nacional.

En este contexto, la presión ejercida sobre los principales ejes de abastecimiento de Bamako adquiere una importancia estratégica considerable. El bloqueo temporal de rutas, los ataques contra convoyes y

las dificultades registradas en el suministro de combustible y medicamentos generan efectos que trascienden el ámbito militar y repercuten directamente sobre la vida cotidiana de la población. Como consecuencia, el incremento de los costos del transporte, las restricciones comerciales y las dificultades para acceder a bienes esenciales contribuyen a erosionar progresivamente la confianza pública en la capacidad del Estado para garantizar servicios básicos y seguridad (L'Indépendant, 2026).

Desde esta perspectiva, la estrategia insurgente parece orientarse hacia una forma de desgaste político y económico. Los grupos armados no necesitan necesariamente conquistar y mantener grandes centros urbanos para debilitar a las autoridades. Basta con afectar las cadenas logísticas y aumentar la percepción de vulnerabilidad para generar costos políticos crecientes para el gobierno. En términos estratégicos, esta lógica se aproxima a lo que Kilcullen (2010) denomina una combinación de presión militar e influencia indirecta sobre los mecanismos de gobernanza.

La situación resulta particularmente significativa si se considera que localidades estratégicas del norte como Kidal y Tessalit han quedado fuera del control efectivo de Bamako tras la ofensiva de abril de 2026, mientras que el JNIM y sus aliados continúan ejerciendo presión sobre los accesos a la capital. Diversos observadores han señalado que esta combinación de control territorial periférico y presión económica sobre los centros políticos constituye actualmente uno de los principales desafíos para las autoridades malienses (Nasr, 2026; Africa Center for Strategic Studies, 2026).

Conclusiones

Tal como señala Kaldor (2012, pp. 7-9), las guerras contemporáneas combinan dimensiones militares, económicas, políticas y sociales que dificultan la aplicación de soluciones exclusivamente militares.

Los sucesos registrados en Malí a partir del 25 de abril de 2026 parecen confirmar esta interpretación. Si bien los ataques demostraron la persistencia de capacidades operacionales por parte de los grupos insurgentes, su principal consecuencia estratégica ha sido la progresiva afectación de la economía y de las funciones esenciales del Estado.

Los acontecimientos observados durante 2026 sugieren que el centro de gravedad de la crisis maliense podría estar desplazándose progresivamente desde el campo de batalla hacia la economía y la gobernanza, ámbitos donde los efectos de la inseguridad resultan menos visibles, pero potencialmente más determinantes para la estabilidad futura del Estado.

Asimismo, la pérdida de control efectivo sobre espacios estratégicos del norte, entre ellos Kidal y Tessalit, ha reforzado la percepción de que las capacidades militares disponibles continúan siendo insuficientes para garantizar el control permanente del territorio (Le Monde, 2026).

En consecuencia, el futuro de la estabilidad maliense dependerá no solamente de la capacidad de las fuerzas de seguridad para contener la amenaza insurgente, sino también de la posibilidad de fortalecer las instituciones, garantizar servicios básicos y preservar la confianza de la población en el Estado mediante el fortalecimiento institucional, la recuperación de los servicios esenciales y la mejora de las condiciones económicas que afectan actualmente a amplios sectores de la sociedad maliense.

Lejos de limitarse al ámbito militar, la crisis actual se ha convertido en un desafío integral que afecta simultáneamente a la seguridad, la economía y la gobernanza, proyectando sus efectos sobre el conjunto del Sahel y de gran parte del África Occidental.

En este contexto, la estrategia impulsada por los grupos terroristas parece orientarse no solamente a obtener ventajas militares, sino también a erosionar progresivamente la legitimidad gubernamental mediante la presión sobre corredores logísticos, el abastecimiento de combustible, el acceso a medicamentos y la movilidad económica.

La lógica subyacente consiste en demostrar a la población que el Estado y sus aliados internacionales no logran garantizar plenamente seguridad, servicios y gobernabilidad, incrementando así los costos políticos para las autoridades de Bamako.

En consecuencia, la evolución futura de la crisis maliense dependerá no sólo de la capacidad de contener militarmente a los grupos armados, sino también de la posibilidad de preservar el funcionamiento económico del Estado y fundamentalmente la confianza de la población en sus propias instituciones.

Referencias bibliográficas

ACLED. (2026). The cross-continental threat of global jihadism threatens Africa like no other region on earth: Extent of Islamist violence in Africa in 2025.

Africa Center for Strategic Studies. (2026, 27 de abril). *Attacks in Mali Mark Long Trajectory of Worsening Security*. Recuperado de <https://africacenter.org/spotlight/attacks-in-mali-underscore-worsening-security-trajectory/>

Buzan, B., Wæver, O., & de Wilde, J. (1998). *Security: A new framework for analysis*. Lynne Rienner Publishers.

De los Santos, H. (2025). El yihadismo avanza hacia el Atlántico: la sahelización del Golfo de Guinea. Instituto Español de Estudios Estratégicos. Recuperado de <https://www.defensa.gob.es/ceseden/instituto-espa%C3%B1ol-de-estudios-estrat%C3%A9gicos>

Delaunoy, R. G. (2023). Níger, ¿un nuevo fracaso democrático en el Sahel? *Periodismo Internacional*. Recuperado de <https://periodismointernacional.cl/2023/09/15/reporte-de-crisis-niger-un-nuevo-fracaso-democratico-en-el-sahel/>

Kaldor, M. (2012). *New and old wars: Organized violence in a global era* (3rd ed.). Polity Press.

Kilcullen, D. (2010). *Counterinsurgency*. Oxford University Press.

Le Monde. (2026, 13 de mayo). Mali's junta effectively under siege since Bamako attack. Recuperado de https://www.lemonde.fr/en/le-monde-africa/article/2026/05/13/mali-s-junta-effectively-under-siege-since-bamako-attack_6753417_124.html

L'Indépendant. (2026, 4 de junio). Les pharmacies en rupture de médicaments dans plusieurs régions du pays [Portada, N.º 6458]. Bamako, República de Malí. Documento conservado en el archivo personal del autor.

Lindsay, J. R. (2013). Reinventing the Revolution: Technological Visions, Counterinsurgent Criticism, and the Rise of Special Operations. *Journal of Strategic Studies*, 36(3), 422–453. Recueperado de <https://doi.org/10.1080/01402390.2012.734252>

Nasr, W. (2026). Mali: What were the reasons and consequences of the 25 April attacks? International Centre for Counter-Terrorism (ICCT). Recuperado de <https://icct.nl/publication/mali-what-were-reasons-and-consequences-25-april-attacks>

Reuters. (2026, 25 de abril). *Mali army bases hit in large-scale attacks claimed by al Qaeda-linked militants*. Recuperado de <https://www.reuters.com/world/africa/loud-blasts-gunfire-heard-near-malis-main-military-camp-reuters-witness-says-2026-04-25/>

Stimson Center. (2026, 7 de mayo). *Mali Attacks: Aggravating the Sahel Security Crisis*. Recuperado

de <https://www.stimson.org/2026/mali-attacks-aggravating-the-sahel-security-crisis/>

Weber, M. (2002). Economía y sociedad. Fondo de Cultura Económica.

Wilén, N. (2026, 27 de abril). *Mali Meltdown: Coordinated Attacks and their Consequences*. Egmont Institute. Recuperado de <https://egmontinstitute.be/mali-meltdown-coordinated-attacks-and-their-consequences/>